

■ JUAN CARLOS RUIZ GUADALAJARA*

Juan José Benavides Martínez (2014). *De milicianos del rey a soldados mexicanos. Milicias y sociedad en San Luis Potosí (1767-1824)*. Prólogo de Isabel Monroy. Madrid, España: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Universidad de Sevilla, Diputación de Sevilla (Nuestra América 36). Ilus., mapas y cuadros. 414 pp.

En los primeros días de 1841, a tan sólo 20 años de haber nacido México como entidad política independiente, los habitantes de la ciudad de San Luis Potosí, capital del entonces Departamento del mismo nombre, conocieron asombrados la noticia de la invasión que los denominados “indios bárbaros” habían realizado al norte de la demarcación departamental. Las cartas e informes que llegaban desde Real de Catorce, Cedral, Hacienda de Vanegas y Matehuala daban cuenta de una serie de movimientos de “bandas salvajes” que habían asolado pueblos y rancherías, así como de la huida que familias realizaban para salvar sus vidas. No obstante la existencia de fuerzas oficiales agrupadas en guardias rurales y de un ejército con destacamentos locales, los problemas para organizar y mantener fuerzas eficientes que velaran por la seguridad y mantenimiento de las lejanas fronteras nacionales o de los inmediatos límites departamentales hacían que la defensa del territorio dependiera, en buena medida, de la acción de sus habitantes. Para 1841 los enemigos en el centro y el norte del territorio del naciente Estado mexicano eran muchos, desde incursiones de gavillas de aventureros extranjeros que aprovechaban la coyuntura de la independencia de Texas para penetrar en territorio mexicano, hasta los ya mencionados indios del norte, quienes

* El Colegio de San Luis, Programa de Historia. Correo electrónico: jcrui@colsan.edu.mx

padecían la presión de los anglosajones. Lo cierto es que ante lo escaso de los recursos oficiales, la situación obligó a las autoridades a excitar al vecindario de la zona invadida para que organizara la autodefensa con hombres, armas, municiones, sentido del honor y nacionalismo. Tal fue el mensaje enviado por el prefecto del Distrito de Venado al subprefecto de Real de Catorce:

No permita Usted se presente en ese partido el indigno espectáculo de tantos ciudadanos acosados y aventados como obejas delante de un puñado de salvajes. Ni consienta Usted en que de ninguna manera se ofrezca el horrible proceder y fea conducta de ver con frialdad é impasibilidad ó desprecio, el fuego, la muerte y el crimen sobre los conciudadanos indefensos. Separe Usted de todo ser viviente en ese partido, la vergonzosa idea de que es necesario tropa de línea para salvar objetos tan caros como la vida, la hacienda, la muger, los hijos y los frutos del sudor y del trabajo. Si tienen la indignidad de no sentirlo, hágales Usted ver que cuando no tengan el deseo, tienen la necesidad de defenderse. Hoy mismo saldré yo á manifestárselos, y les llevo, no hombres que los defiendan, porque ellos deben hacerlo, sino sólo mi persona y armas con que puedan hacer la defensa de su país contra los bárbaros.¹

La estampa no podía ser más dramática. México, en su infancia como país, era una sociedad profundamente vulnerable que hacía enormes esfuerzos por garantizar cierto nivel de seguridad e integridad territorial. Las diversas alternativas de gobierno que se habían disputado la autoridad en los primeros 20 años de independencia no alcanzaban a estructurar las instituciones que, como dijera el prefecto de Venado, aseguraran a los mexicanos “la vida, la hacienda, la mujer, los hijos y los frutos del sudor y del trabajo”, a pesar de haber sido encabezados esos primeros gobiernos por notables personajes que provenían en su mayoría de la carrera de las armas, misma que iniciaron como soldados del rey y que continuaron en las primeras décadas del México independiente como soldados mexicanos. Nombres como los de Agustín de Iturbide, Anastasio Bustamante, Manuel Gómez Pedraza, Miguel Barragán o Antonio López de Santa Anna son los mejores ejemplos de ese fascinante y tardío surgimiento de

¹ *Suplemento a la Gaceta de San Luis Potosí número 163*, enero 13 de 1841, pp. 1-2.

la institución militar en la Nueva España, pero también son los representantes de un proceso histórico de transición que tuvo como contexto un cambio de mayores proporciones ubicado entre 1750 y 1850, y que expandió a la América hispánica la realidad de los ejércitos profesionales y los horrores de la guerra moderna. Es precisamente en estos ámbitos de interpretación donde se ubican, desde mi personal perspectiva, las más relevantes aportaciones de Juan José Benavides Martínez en *De milicianos del rey a soldados mexicanos. Milicias y sociedad en San Luis Potosí (1767-1824)*, libro que por muchos motivos ha venido a enriquecer nuestro conocimiento sobre la fase terminal de la Nueva España y su transformación en la nación mexicana.

El libro es resultado de una tesis doctoral² realizada durante al menos siete años de investigación en 13 archivos históricos, 11 ubicados en España y otros dos en México, destacando entre los primeros diversos archivos de naturaleza castrense como el Archivo General Militar de Segovia, el Archivo General Militar de Madrid, el Archivo General de la Marina en Ciudad Real y el Archivo del Museo Naval de Madrid. Estamos frente a un sistemático esfuerzo por descubrir la mayor cantidad de datos, pistas e indicios de todo aquello que le hiciera viable al autor plantear respuestas e imágenes verosímiles del tiempo y de los hombres que integraron la materia de su proceso de estudio. Es, sin duda, uno de esos trabajos enciclopédicos que se consolidan, a su vez, como fuentes de información para nuevas investigaciones. A la par de esta rigurosa y extensiva base documental, la investigación de Benavides tiene un fuerte

² Realicé en un primer momento la lectura de la tesis que da origen al libro, y que lleva por título “De fieles súbditos del rey a ciudadanos al servicio de la nación: milicias y sociedad en San Luis Potosí (1767-1824)”. En un segundo momento realicé la lectura del libro. Este ejercicio me ha permitido observar la manera en que el autor afinó su texto y tomó decisiones en cuanto a lo que tuvo que sacrificar para adelazarlo. Si bien considero que la mayoría de esas decisiones fueron adecuadas, existen algunas otras desafortunadas. Por ejemplo: en el primer capítulo de la tesis Benavides hace una excelente observación que cuestiona la versión tradicional sobre la decadencia de las minas y el despoblamiento de San Luis entre 1630-1650, versión que ha sido repetida hasta la saciedad desde los escritos de Montejano hasta los últimos de Ruiz Medrano. Benavides asegura que “no parece que fuera una grave crisis como asegura la historiografía tradicional, ya que en este periodo se produjo un crecimiento demográfico y comercial, y se diversificaron las actividades económicas” (p. 25). Si bien esta afirmación la realiza el autor con base en una buena intuición histórica, es importante señalarla como un aserto que encuentra verificación plena en la extraordinaria investigación de Sergio Tonatiuh Serrano Hernández, *La producción minera de San Luis Potosí durante el siglo XVII*, de próxima publicación. Lamentablemente, esta crítica a la historiografía tradicional y a sus seguidores académicos ya no apareció en el libro.

soporte bibliográfico que le ha llevado a dialogar con casi todos aquellos autores que han tenido algo que decir sobre las expresiones sociales de actividad miliciana o de organización militar en Nueva España entre los siglos XVI y XIX. Los resultados se han convertido en nueve capítulos que abarcan poco más de 400 páginas en las que Benavides reconstruye, desde la especificidad del caso potosino, el proceso de formación de milicias y regimientos provinciales en la Nueva España, cuyo inicio podemos ubicar en 1764 con la llegada del teniente general Juan de Villalba como inspector general de tropas. Villalba fue enviado por la corona española desde La Habana para realizar el diseño de la organización militar defensiva novohispana ante el peligroso contexto internacional que había dejado la derrota española en la Guerra de los Siete Años (1756-1763). En ese conflicto los británicos habían tomado La Habana y Manila en 1762, y la Monarquía Hispánica sólo logró recuperarlas un año después tras negociaciones de paz que le costaron sus posesiones en la Florida.

Si bien la guerra había sido una presencia casi permanente en la Península Ibérica en toda la Edad Moderna debido a la función histórica de la Monarquía Hispánica como defensora de la cristiandad, lo cierto es que sus posesiones americanas habían vivido mayoritariamente ajenas a conflictos bélicos gestionados por medio de ejércitos profesionales. Salvo los casos de Chile y algunas otras guarniciones que obligaron a cierto tipo de organización castrense casi profesional, la América hispánica se desarrolló y prosperó hasta mediados del siglo XVIII sin la existencia de un ejército formal. La monarquía había logrado expandir su hegemonía y preservar sus posesiones americanas gracias a los vasallos convertidos en milicianos, lo que incluyó a españoles peninsulares y americanos, a comunidades indígenas, a mestizos, etc. También había preservado y defendido sus posesiones gracias a la antigua tradición de autodefensa a que estaban obligadas las repúblicas para defender a Dios, al rey, y por supuesto a sus poblaciones. Los cuerpos de milicias urbanas destinados a preservar el orden y defender villas y ciudades estaban generalmente constituidos por miembros de gremios y sustentados por las oligarquías por medio de los ayuntamientos o bien por corporaciones políticas como la Audiencia; en otros casos las autoridades recurrían a la organización temporal o esporádica de milicias integradas por los habitantes de una ciudad o una región para enfrentar situaciones delicadas de defensa o

de peligro, principalmente revueltas; cualquiera de esas manifestaciones sociales de organización miliciana estaba muy lejos de algo parecido a un ejército profesional, constituido por sus escuadrones, sus tercios y su oficialidad. Ni siquiera los episodios de mayor violencia del siglo XVI en la Nueva España contaron con la participación de ejércitos formales.

Por tanto, el ejército como institución comenzó su proceso formativo en la Nueva España en 1764 y en un contexto internacional de cambios profundos e inéditos que terminarían por reconfigurar el orden geopolítico del mundo Atlántico, y en los cuales los ejércitos modernos tuvieron un papel protagónico. En muchos sentidos, este proceso de cambio social, cultural y político es el que Juan José Benavides reconstruye en su investigación, tomando como escenario la provincia de San Luis Potosí y como objeto de estudio la formación de la institucionalidad castrense en dicho espacio. El trayecto que recorre va desde la formación de la Legión de San Carlos en 1767 por el visitador José de Gálvez, hasta la participación central de los miembros más destacados de los posteriores regimientos provinciales de San Luis y de San Carlos en el ejército realista que formó y dirigió una de las figuras centrales de toda esta historia, el castellano y potosino por adopción Félix María Calleja del Rey, penúltimo virrey de la Nueva España. Ejército realista que, por cierto, llevó a los soldados novohispanos a un campo de batalla verdadero para enfrentar, en una primera etapa, a las masas dirigidas por el cura Hidalgo y también por el capitán del regimiento de Dragones de la Reina de San Miguel el Grande, Ignacio Allende.

No estamos, sin embargo, frente a un estudio que podamos clasificar de manera reduccionista como una historia militar, de la cual existen muchos y muy interesantes ejemplos en diversas tradiciones historiográficas. Por el contrario: estamos ante una historia social, en la cual el autor logra un análisis histórico de la compleja sociedad potosina de la segunda mitad del siglo XVIII a través de las diferentes respuestas y actitudes que sus diversos sectores asumieron ante la formación de sus milicias y de sus regimientos provinciales. Dicho proceso, completamente novedoso en San Luis, dejó al descubierto múltiples aspectos sobre la conflictividad y la transformación de las relaciones de poder en todos los niveles. Un ejemplo lo encontramos en los conflictos entre los cuerpos de autoridad heredados del periodo Habsburgo y las nuevas figuras de

gobierno creadas por la reforma de los borbones, concretamente entre los ayuntamientos y los intendentes con sus subdelegados; la formación de milicias y su posterior transición a regimientos provinciales fueron espacios utilizados por los oligarcas potosinos, generalmente presentes en el ayuntamiento, para preservar y a veces acrecentar su influencia social, prestigio y poder, haciendo del intendente en turno una figura disminuida en términos de influencia política.

Lo anterior, como documenta Benavides, generó una profunda dependencia de las milicias respecto a los grandes señores locales de la tierra, sobre todo ante los dilemas de las capacidades económicas de la Caja Real y la fiscalidad potosina para sustentar el proyecto de militarización. En este punto es interesante la manera en que el autor muestra las actitudes oscilantes de la población frente a la necesidad de sostener económicamente a esas milicias, y la forma en que las oligarquías locales aprovecharon en diferentes etapas esta situación para negociar en su provecho. Quizá uno de los puntos sustanciales del análisis social lo encontramos en la institución del fuero militar al seno de una sociedad profundamente jerarquizada y clientelar, y cuyos miembros vieron en dicha figura uno de los principales incentivos para integrarse a la vida miliciana; la interpretación del fuero y su aprovechamiento como herramienta de impunidad también permite explorar, desde una perspectiva cultural, la representación de la lealtad política en el ámbito de las milicias y los regimientos, así como la inserción de nuevos símbolos de índole castrense que orientaron nuevas actitudes y prácticas sociales.

Si bien el autor declara que su objetivo es analizar la integración jerárquica de las milicias como espejo de las realidades sociales de base que dibujaban el perfil de la sociedad en general, es evidente que sus resultados superan con mucho esa intención. Ello se aprecia, por ejemplo, en los datos que aporta sobre la reconfiguración de la territorialidad política y su influencia en la organización de espacios de poder militar, o bien en las nuevas lecturas que la monarquía y sus agentes hicieron en torno al espacio de frontera y su relación con el nodo urbano de San Luis Potosí. Algo similar encontramos en el reordenamiento del territorio a partir del descubrimiento de Real de Catorce. Frente a estas líneas de investigación, debemos destacar una en especial referida al papel protagónico que en San Luis Potosí y su región tuvo la comunidad vasco-navarra, cuyas

redes migratorias y mecanismos de cohesión identitaria dejaron en la capilla de Aránzazu de San Luis, por ejemplo, una de sus más relevantes expresiones materiales.

El análisis del preponderante ingrediente vasco no es un elemento simplemente condicionado por los antecedentes personales del autor, quien cabe decirlo, proviene de la Universidad del País Vasco. Por el contrario, si alguna filiación predominó entre San Luis Potosí y España, ésta fue con la comunidad vasca, no sólo en el siglo XVIII, sino desde la mismísima fundación de San Luis Potosí con Juan de Oñate, o bien con el predominio minero de los Zavala o los Arizmendi Gogorrón en las primeras décadas del siglo XVII. Asimismo, el análisis del componente vasco-navarro en la sociedad potosina y en la formación de sus milicias y regimientos durante la segunda mitad del siglo XVIII llevó al autor a indagar la presencia de otras comunidades hispanas, destacando también la de españoles peninsulares provenientes de las comunidades montañosas de Cantabria. Esta presencia de vascos y montañeses en el contexto potosino no fue excepcional, sino una constante en diversos espacios urbanos de relevancia en provincias de la Nueva España, la Nueva Galicia y la Nueva Vizcaya. Sin embargo, la impronta de los vascos fue especialmente significativa en Zacatecas y en San Luis Potosí, afirmación que se corrobora y encuentra nuevos elementos de estudio con los descubrimientos de Benavides.

Como se puede apreciar, *De milicianos del rey a soldados mexicanos* podría ser motivo de un extenso ensayo-reseña debido a su ya enunciado carácter enciclopédico, pero sobre todo ante la diversidad de temas que aborda y sugiere. Ante ello, me concentraré en tres aspectos específicos que me interesa destacar de la obra, y que permiten mostrar los múltiples diálogos que se pueden establecer con ella. El primer aspecto se refiere a algunos puntos de interpretación que me mueven a controversia.

Por ejemplo, en muchos episodios el autor intenta desentrañar las intencionalidades de diversos personajes en la toma de decisiones o en la formación de criterios para regular sus actuaciones políticas. En la mayoría de las interpretaciones predomina en los personajes una especie de racionalidad práctica que no se explica por sí misma y que intenta ser la base para comprender todas sus relaciones de poder. Ello se hace más presente en el tratamiento de figuras como Francisco de Mora o

Félix María Calleja. Si bien Benavides aporta abundante información sobre sus actuaciones y logros, queda siempre abierta la pregunta sobre las causas del fulgurante éxito que ambos personajes lograron como militares y políticos más allá de sus dotes individuales o de su actitud “siempre” calculadora.

Otro ejemplo lo encontramos en la interpretación de los tumultos de 1767, antecedente de la militarización de la provincia de San Luis Potosí. Benavides vuelve sobre este inagotable y excepcional episodio disruptivo para darnos su propia interpretación. La novedad, en este caso, se encuentra en la revaloración de la correspondencia que sostuvieron los principales implicados con los líderes serranos, y en el cuestionamiento que el autor lanza sobre las versiones que José de Gálvez y fray Manuel de Escobar dieron en torno a los múltiples imaginarios que cruzaron transversalmente el ambiente de los tumultos, cuestionamientos que me parecen interesantes pero que no comparto. En lo personal, no encuentro motivos para poner en duda la existencia objetiva de dichos imaginarios en el ámbito de los sectores involucrados en los tumultos, concretamente los delirios alrededor de la designación de reyes locales o la aspiración de revertir el orden mediante la conversión de las mujeres españolas más prominentes en sirvientas o concubinas de los líderes de los disturbios; por el contrario, me parece que dichos imaginarios conllevan una riqueza hermenéutica que permite explicar, más allá del discurso, la existencia de un acendrado odio social que en el fondo se manifestaba como odio racial en el ámbito de la transición hacia una sociedad de clases. El hecho de que esas expresiones hayan sido consignadas en el sermón de fray Manuel de Escobar es interesante, en la medida en que este fraile pudo conocer de primera mano lo que murmuraban los alzados. Todos esos elementos jugaron en contra de los tumultuarios a la hora de enfrentar el delito de Lesa Majestad, algo que nunca dimensionaron y que Gálvez aprovechó para montar una desproporcionada punición ejemplarizante. Como lo he señalado, el libro nos obliga a pensar y repensar diversas cuestiones de la historia local en su relación con lo global, en este caso con la Monarquía Hispánica y la presencia, en la ausencia, de la figura del monarca español.

Por otro lado, las demandas o capitulaciones que hicieran los tumultuarios a las autoridades del ayuntamiento de San Luis Potosí en la toma

de la ciudad, el 6 de junio de 1767, aparecen en el libro como una especie de pliego definido con antelación. Sin embargo, existe evidencia de que algunas de dichas demandas se plantearon al calor de la toma y con la presión de la multitud liderada por los denominados “serranos” de San Pedro. Este carácter espontáneo e improvisado en el transcurrir de los tumultos no quedó reflejado en toda su importancia en la obra, quizá porque el autor no tuvo acceso a una de las fuentes que se generaron al momento de los acontecimientos y que reflejan precisamente muchas de las vicisitudes de aquellos instantes: me refiero al “Libro del Cabildo de la Ciudad de San Luis de 1767”, el cual, tras ser sustraído de los archivos potosinos, descansa ahora en la Latin American Collection de Yale University.

El segundo aspecto que me interesa destacar es el marco de continuidad histórica que el autor desvela al mostrar, a partir de las milicias potosinas, el proceso de formación de milicias novohispanas y su transformación en el ejército realista, base del primer ejército nacional mexicano. Es, en muchos sentidos, el mismo concepto que don Edmundo O’Gorman lanzara hace más de 50 años cuando escribió *La supervivencia política novohispana*, y que mostró la necesidad de romper las arbitrarias divisiones cronológicas y epistémicas de la historia nacionalista, las cuales establecían una especie de borrón y cuenta nueva a partir de 1821. En el caso de las milicias, Benavides nos muestra ese proceso de transición que vivieron los milicianos y miembros de los regimientos provinciales, concretamente los del Regimiento de San Luis y los del Regimiento de San Carlos, quienes nacieron en el seno de la Monarquía Hispánica, pero que vivieron y protagonizaron el proceso de desintegración política de esa monarquía en América para comenzar a construir, desde la misma actividad militar, otra identidad, ahora como mexicanos.

Es ésta una de las mayores aportaciones del libro y una de sus conclusiones más brillantes y documentadas. Tanto los esfuerzos de organización castrense de Calleja en su larga estancia en San Luis Potosí, como las estrategias que instrumentó desde 1810 para contener la insurrección independentista de Hidalgo y Morelos, y que implicaron la formación del ejército realista con base en los regimientos provinciales y algunas tropas llegadas desde la Península Ibérica, fueron la fase final de un proceso que permitió que los novohispanos se armaran y organizaran militarmente,

“consolidándose una nueva cultura política ligada al uso de las armas, que terminó rebelándose contra las autoridades, ya que el ejército realista acabó siendo la primera institución sobre la que se asentó el México independiente” (p. 329). Este proceso de continuidad también permite comprender la transformación de los referentes de lealtad que sustentaron los bandos novohispanos en guerra entre 1810 y 1821. Para el caso de los milicianos novohispanos que se mantuvieron como parte de las tropas y la oficialidad de los regimientos, valores como el honor de portar el uniforme militar o bien el sentimiento de pertenencia a un grupo privilegiado son claves para entender los cimientos de lealtad a la causa del monarca. Sin embargo, y como demuestra Benavides, en esos años de guerra sucedió la criollización de las tropas y el retiro de los viejos mandos de españoles peninsulares, predominando finalmente los novohispanos en el ejército del rey. Sobre estos criollos el autor nos otorga una explicación profunda que permite comprenderlos desde su propia circunstancia:

Tanto los humildes campesinos, que en su mayoría formaban estas tropas, como la oficialidad, que desde el inicio de la guerra era predominantemente criolla, adquirieron un nuevo estatus como soldados del rey [...] Su fidelidad a la causa realista no puede ponerse en duda, pero en 1821 apoyaron el plan independentista de Iturbide, porque, además de garantizar la independencia, la religión y la igualdad de los mexicanos, les aseguraba el mantenimiento de sus privilegios como miembros del ejército. [...] La mayoría de los nuevos oficiales provenían de los sectores populares de la sociedad, habían sentado plaza de soldado o suboficial como una opción para ganarse la vida, y lograron ascender por méritos de guerra. Tras el desgaste de once años de conflicto y ante la inestabilidad que se vivía en la península, con continuos cambios de régimen, dejaron en un segundo plano su deber de servicio al rey y se adhirieron al Plan de Iguala [...] Durante la guerra el ejército realista demostró su superioridad militar sobre las fuerzas insurgentes, pero, finalmente, fueron los propios realistas los que apoyaron la independencia para mantener sus privilegios. De esta forma, los milicianos potosinos, que se convirtieron en soldados del rey durante la contienda, pasaron a ser miembros del ejército mexicano [...] (p. 385).

Y fueron precisamente miembros de la oficialidad de ese ejército quienes se disputaron el poder en la nueva nación sin lograr construir los cauces

de la legitimidad y la convivencia políticas, generando y nutriendo por décadas un estado de guerra, inseguridad y confrontaciones entre caudillos militares y sus ejércitos, en un contexto de grandes amenazas a la integridad territorial del país, tal como se puede apreciar en el episodio narrado en la introducción de esta reseña.

Por último, el tercer aspecto que me interesa destacar es el referente a la figura de Félix María Calleja. Ciertamente, son muchos los personajes importantes que participaron en el proceso de formación de milicias o en su paulatina transformación en regimientos provinciales de San Luis, y todos aparecen muy bien documentados en esta historia. Por ejemplo, el ya mencionado Francisco de Mora y Luna, primer conde de Peñasco, artífice del sometimiento de los tumultuarios de 1767 y encargado por José de Gálvez de dirigir la Legión de San Carlos, primer cuerpo miliciano formal en San Luis Potosí. Sin embargo, la figura de Calleja es uno de los principales hilos conductores de la trama histórica reconstruida por Benavides, quien nos entrega un extraordinario pedazo de la biografía de este personaje crucial en la etapa terminal de la Nueva España, y nos permite observarlo de manera detallada a partir de su vida y su inserción social en el contexto potosino. Dicha inserción, que podemos calificar coloquialmente como proceso de potosinización, tuvo diferentes etapas que incluyeron tanto la participación de Calleja como socio de una compañía para explotar la mina de la Purísima Concepción en el Cerro de San Pedro Potosí, como su matrimonio con la potosina Francisca de la Gándara, enlace que lo convirtió en poderoso terrateniente al recibir en dote la hacienda de Bledos.

En Félix María Calleja encontramos una peculiar síntesis o coexistencia de actitudes. Por un lado, lo podemos identificar con la tradicional figura de aquellos vasallos españoles al servicio de Dios y del rey, de esos personajes y generales de los siglos XVI y XVII que se involucraron en las guerras de Flandes, del norte de África o en Nápoles, y que a cambio de sus méritos podían acceder a título, ennoblecimiento y fama póstuma. Por el otro lado, Calleja encarna la figura del militar moderno, producto de los anhelos de modernidad castrense que promovieron los Borbones y sus ministros en su urgente necesidad para reordenar y asegurar las posesiones de la Monarquía Hispánica frente a las potencias rivales en expansión. Es una de esas figuras emblemáticas que sintetizaron el cruce

coyuntural de diferentes épocas en un momento, reitero, de profundas transiciones en el ámbito global. Las aportaciones de Benavides me parece que podrían moverlo (¿por qué no?) a futuros esfuerzos de investigación dirigidos a explicar el siglo de transición contenido entre 1750 y 1850 a través de la biografía completa de Calleja.

En conclusión, puedo afirmar que *De milicianos del rey a soldados mexicanos* es un libro cuya aparición nos enriquece, porque esta clase de historiografía es la que nos permite avanzar en el conocimiento de los procesos históricos; es este tipo de obras el que nos obliga a volver sobre diversas cuestiones que se nos han querido imponer como agotadas. Y es además un libro que debemos celebrar ante la inundación que actualmente padecemos de historiografía chatarra de toda índole, incluso académica, hecha para inflamar nacionalismos, prejuicios, esencialismos y odio social.³

³ Cabe señalar que la obra fue merecedora del premio Nuestra América 2013 otorgado por la Diputación de Sevilla, la Universidad de Sevilla y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España.